

efecto. He aquí lo que se lee en muchos escritos de aquel tiempo : « De repente se ponen en movimiento las primeras filas de los rebeldes, y con ademán pacífico, el fusil bajo el brazo, los sombreros en el aire y la bandera inclinada, avanzan pronunciando los dulces nombres de paz y fraternidad; su gefe viene á abrazar al comandante del puesto, y en el mismo instante (¡o crimen, ó maldad!); en el mismo instante á la espalda de ellos se hacen dos descargas de fusilería que echan á tierra veintitres de nuestros bravos defensores¹. »

Contestan los republicanos con un fuego terrible. El ayudante general Blondeau grita furioso: « Miserables, ignorais que las habeis con Jacobo « Blondeau de la Côte-d'Or, artilleros, á vuestras « piezas. » Parte un cañonazo que limpió la calle, derribando á uno de los enemigos que habia puesto la mano encima del cañon. Se atrinchieron entonces los rebeldes en algunas casas, y se tirotearon con los republicanos por espacio de dos horas². »

Uno de los principales teatros del combate fue

¹ Rapport fait au nom des comités de salut public et de sûreté générale, par Merlin de Douai, pag. 13 y 14. Essais sur les journées des 13 et 14 vendémiaire, par Réal, pag. 68, 69.

Esta accion, aunque tiene todas las apariencias de una traicion, puede sin embargo no serlo. Los que marchaban á la espalda de los primeros podian ignorar sus intenciones y haberse equivocado respecto á los testimonios de amistad que daban á los republicanos. En un momento de agitacion es fácil engañarse. Yo no puedo creer esta traicion que es muy agena del carácter frances.

² Essais sur les journées des 13 et 14 vendémiaire, pag. 70.

la calle del Delfin que se llamaba entonces *calle de la convencion*, la cual desde el patio del Picadero (que hoy hace parte de la calle de Rivoli) va á desembocar á la de San-Honorato, en frente de la portada de la iglesia de San-Roque. Habiéndose colocado los rebeldes en las gradas de este templo, tenían una gran ventaja sobre los republicanos que trataban de entrar en dicha calle, pues desviándose del frente de esta ó retirándose á la iglesia podian libertarse de la fusilería de estos, que viendo que perdian mucha gente y que no podian sostener mucho tiempo un combate tan desigual, gritaron en un momento de irritacion: *Al enemigo; marchemos sobre San-Roque*. Colocan en esta calle de la convencion, que era estrecha y peligrosa, un cañon de á ocho, y haciendo una descarga de veinte en veinte pasos avanzan con él hácia la calle de San-Honorato, á pesar del terrible fuego de fusilería de los enemigos, que echó al suelo á muchos republicanos. No quedaban ya mas que tres artilleros para servir el cañon; todos los demas habian sido muertos ó heridos.

Esta pieza de artillería no distaba ya mas que seis pies de la calle de San-Honorato cuando gritan los republicanos: *Al arma blanca, á la bayoneta*; hacen una nueva descarga á metralla, se abalanzan temerariamente á esta calle, y la atraviesan. Al tiempo que el valiente *Rouget de Lila*, autor del himno de los Marselleses, el representante

Cavagnac, el general *Vachot*, etc., empezaban á subir las primeras gradas de la iglesia de San-Roque, cae sobre los desgraciados republicanos una granizada de balas que salen de uno y otro lado de la calle de San-Honorato, de la calle Nueva-de-San-Roque, del interior de la iglesia y de las ventanas de las casas inmediatas.

Arrójase tambien á la calle de San-Honorato el general *Béruyer*, á quien habian elegido por su gefe los patriotas que acudieron á socorrer la convencion. Le matan su ordenanza, cae su caballo atrevesado por treinta balas, y durante algunos minutos queda solo á la entrada de la calle de la convencion, expuesto á la terrible tempestad de la fusilería.

Los enemigos, que carecian de artillería, hacian los mayores esfuerzos para apoderarse del cañon, que habian aventurado los republicanos al extremo de la calle de la convencion. Dióse á estos orden de replegarse, y durante la retirada no cesó el cañon de hacer fuego á los rebeldes, que eran ademas contenidos por algunos escaramuzadores que se habian colocado en los umbrales de las puertas de las casas. Sostúvose el combate con ardor en esta calle estrecha hasta las seis de la tarde, á cuya hora aflojó el fuego del enemigo. Quedaron sin embargo algunos rebeldes en la calle de San-Honorato, y continuaron disparando fusilazos á los que aparecian en el extremo meridional de la calle de la convencion; pero á las ocho de

la noche cesó enteramente este sangriento combate.

Mientras duraron los ataques en estos dos puntos, no habia en la sesion de la asamblea convencional mas que un corto número de representantes que esperaban, serenos en medio del peligro, el resultado de los sucesos; muchos estaban á la cabeza de las columnas y las dirigian; otros se paseaban en el jardin de las Tullerías á lo largo de la fachada del palacio. Oyeron estos por diferentes veces el silbido de las balas que pasaban cerca de sus orejas, y no sabian de donde venian. Descubrieron por fin á algunas personas que desde las ventanas de la casa ocupada por un fondista llamado Venua, cerca de la calle de la convencion, disparaban algunos fusiles contra el grupo de los diputados que estaban en el jardin. Goupilleau de Fontenay hizo traer un cañon de á dos, y le asestó contra las ventanas de donde salian los fusilazos, de manera que á la primera descarga se oyó el ruido de los vidrios rotos, y cesaron aquellos.

El espectáculo mas lastimoso era el que presentaban los heridos que eran trasportados en camillas á uno de los salones de las Tullerías, situado enfrente de la entrada de las antesalas del de las sesiones, salon que se habia convertido en un baño de sangre, la cual corria hasta por las escaleras que conducian á él. Estas infelices víctimas de las intrigas contrarrevolucionarias prorumpian

en gritos y exclamaciones de esta suerte: *¡Viva la república! ¡viva la convencion! ¡Muero contento, con tal que ella triunfe!* Puedo en esto referirme al testimonio de mi propia vista y de mis propios oidos.....

Era entonces presidente de la convencion el diputado Baudin, que como encargado de custodiar el archivo vivia en el palacio de las Tullerías, y era el único menage que se hallaba en él. Su esposa acudió presurosa al socorro de los heridos, trayendo paños y todos los remedios necesarios para la cura; acudieron tambien á prestarles los auxilios del arte aquellos diputados que habian ejercido las profesiones de cirujanos ó médicos. Las esposas de muchos representantes, viéndose en sus domicilios amenazadas de ser retenidas en rehenes y aun decapitadas, se habian refugiado al local de las sesiones, y colocadas en las tribunas particulares, se ocupaban en hacer hilas para la cura de los heridos.

Hallábase entre estos un enemigo, avergonzado y agitado, á quien se prodigaron los mismos auxilios que á los republicanos.

Las calles de l'Échelle y de la convencion no fueron las únicas ensangrentadas; la calle de San-Nicasio tuvo parte en esta gloria ó mas bien en este infortunio.

Mientras se peleaba en las calles inmediatas, hubo en efecto sucesos dignos de atencion en la calle de San-Nicasio, que presentaba como las de-

mas una entrada al Carrousel y á las Tullerías. A su extremo, por el lado de la calle de San-Honorato, estaba formada en batalla la seccion de las Tullerías y amenazaba atacar á los republicanos. Hizo Barras intimar á estos rebeldes que se retirasen, á cuya intimacion contestaron con una descarga general de fusilería; á esta correspondieron los republicanos con dos cañonazos á metralla, y á paso de ataque y á la bayoneta llegaron á donde estaban los seccionarios y los obligaron á refugiarse debajo de los arcos del teatro de la república, que se llama hoy Teatro-Frances. Aunque fueron desarmados los que defendian el puesto militar de esta seccion, no por eso cesaron hasta cerca de la noche algunos rebeldes refugiados en las casas, de disparar por las ventanas fusilazos contra los republicanos.

Casi al mismo tiempo habia otro ataque por la parte del arrabal de San-German. El curso del Sena separaba aquí los dos partidos, y el Puente-Real era el punto mas fácil de comunicacion entre ellos.

No eran aun las cinco de la tarde cuando la seccion de la Unidad desembocó por la calle de Saints-Pères en el malecon de Voltaire; pero la serenidad de los republicanos apostados en el Puente-Real y un cañon de á cuatro colocado en la altura de la calle de Beatne, obligaron á esta seccion armada á tomar la resolucion de replegarse sobre la plaza de las Cuatro-Naciones.

Media hora despues llegó una nueva columna de las secciones del Teatro-Frances, de la Fontaine-de-Grenelle y de Bon-Conseil, la cual se reunió con la seccion de la Unidad. A las cinco y media se pusieron en movimiento estas dos columnas que formaban un total de unos tres mil hombres, y avanzaron silenciosamente por el malecon de Voltaire.

No habia mas que dos cañones de á cuatro para defender el puesto del Puente-Real; pero el general Verdieres que le mandaba hizo luego traer un cañon de á doce, que se cargó á metralla, y despues de haber recomendado el mayor orden y silencio envió de descubierta tres oficiales á caballo, que avanzaron hasta cerca de la columna enemiga. El conde de Maulevrier, que la mandaba, dijo á estos oficiales que pedia se abriese paso á su tropa, la cual no traia otra intencion que la de hacer hermandad (*fraterniser*) con los defensores de la convencion. El ayudante-general Plechard, que era uno de los tres oficiales, le contestó que era aquella una coyuntura nada á propósito para formar hermandad, y concluyó ordenándole que se retirase. Terminado este diálogo, partieron los otros dos oficiales á dar cuenta al general de la respuesta del comandante de la columna, y no bien hubo Plechard quedado solo cuando los enemigos desfogaron en él su saña con injurias é insultos, y dos soldados de caballería le cargaron y rodearon; defiéndose este oficial con

serenidad, y entre tanto vuela á su socorro un edecan, y le saca de este peligro; mas apenas se habian uno y otro retirado detras de su puesto avanzado cuando la columna enemiga hace una descarga, á la cual corresponden con un vivísimo fuego los republicanos atrincherados detras de unos montones de piedra que estaban á las orillas del malecon.

Mientras las dos tropas enemigas lidiaban á brazo partido en el malecon de Voltaire, una columna de republicanos, colocada en el malecon opuesto, llamado del Louvre, hace fuego con dos cañones de á cuatro sobre el costado del enemigo, y al mismo tiempo le cargaba por el frente y le batia con su cañon de á doce la tropa que defendia el puesto del Puente-Real. Desbándanse entonces los rebeldes, huyen apresuradamente, y no vuelven á parecer.

Era ya noche cerrada, y todavía existian tropas en estado de hostilidad, que era necesario perseguir. Habian sido echadas de la iglesia de San-Roque, del edificio del Teatro-Frances y de la plaza del Palacio-Real: se hicieron fuertes en el extremo setentrional de la calle de Richelieu, y fueron tambien arrojadas de este punto. En la barrera de Sergens desempedrarón la calle, é intentaron parapetarse en ella; pero tres cañonazos y algunas descargas de fusilería pusieron á los trabajadores y á la tropa en precipitada fuga.

Lográronse estos últimos triunfos durante la noche, y el 14 á las seis de la mañana todavía re-

tumbaban los fusilazos en los barrios inmediatos á las Tullerías.

Asi fue rechazado este ataque de las secciones, y tal fue el fin de un combate excitado y dirigido por los agentes de nuestros enemigos. No hay duda que la victoria fue completa, que salvó á la convencion y preservó á la Francia de ser despedazada por las facciones; pero toda victoria conseguida sobre conciudadanos es calamitosa y deplorable. Tan lejos estuvo la asamblea convencional de hacer pública ostentacion de su gozo, que ordenó, á propuesta de Merlin de Douai, que se guardase el mayor silencio en el salon de las sesiones, y prohibió toda suerte de demostracion de alegría.

No se verificaron las matanzas y saqueos que habian profetizado los oradores del partido contrarrevolucionario, con el intento de que espantados los Parisienses se pusiesen en armas. Aquellos terroristas, que debian abandonarse á tantos excesos, ni uno solo cometieron¹. La convencion perdonó á los extraviados y no castigó mas que á los gefes de la rebelion que pudieron ser cogidos,

¹ En la calle de San-Honorato, cerca de la de Bons-Enfans, el estremecimiento, que causaron dos cañonazos, hizo que se abriese la puerta de una tienda; se acerca á ella un granadero, llama al mercader y le invita á que baje para cerrarla, y como nadie respondiese, da parte de esto al representante Bellegarde. *Muy bien podrian algunos bribones, dijo el granadero, introducirse en esta tienda, robarla y echárnoslo á nosotros á cuestras; voy á permanecer aquí de centinela, hasta que vuelva el mercader.* (Essais sur les journées des 13 et 14 vendémiaire, par Réal, pag. 78.)

pues la mayor parte huyeron despues de la derrota.

Esta victoria pareció tanto mas asombrosa quanto los enemigos que atacaron la convencion eran por lo menos cinco contra uno. Valuóse en efecto su número en veinticinco ó treinta mil hombres, mientras esta asamblea apenas tenia cuatro mil disponibles. Cierto es que para asegurar en caso necesario su retirada á Meudon, habia apostado una parte de sus fuerzas en el camino que conduce á este palacio. Fuera de esto tenia la convencion cañones de que carecian sus enemigos, quienes se vieron precisados á pedir los de Belleville y de Choisy.

Entre las multiplicadas escenas, que produjo el 13 de vendimiario, se presentan algunos actos de generosidad, de valor y de heroismo patriótico: he citado algunos en el curso de esta narracion: pero como los estrechos límites de esta obra no me permiten decirlo todo, he tenido que ceñirme á lo mas capital de los sucesos de este memorable dia. De sus resultas y de sus autores hablaré en el capitulo siguiente.

CAPITULO IX.

Consecuencias de los sucesos del 13 de vendimiario; tentativas de division en la convencion; denuncia Tallien á algunos miembros de esta asamblea, la cual se constituye en junta secreta; arresto de dos diputados cómplices de la conspiracion; extracto de los documentos hallados en poder de Lemaitre; espíritu y carácter de los emigrados; matanzas ejecutadas en el mediodia de la Francia por las compañías de Jesus y del Sol; denuncia de Thibaudeau contra Tallien; instituciones creadas por la convencion; decreto de amnistia; abolicion de la pena de muerte; ojeada sobre las sesiones convencionales.

Desalojados los conspiradores de sus puestos, no hubieran tenido valor para continuar batallando durante la noche del 13 al 14 de vendimiario, si no los hubiese reforzado la esperanza de ser socorridos por la juventud de las municipalidades comarcanas. Belleville, Vincennes y Choisy habian tomado algunas medidas hostiles; pero los jóvenes de estos pueblos, instruidos á tiempo de los triunfos de la convencion, renunciaron á sus proyectos. La ciudad de Saint-Germain-en-Laye, mas distante de la capital y de consiguiente menos enterada de los sucesos, tomó un partido muy diferente.

A cosa de las seis de la mañana del 14 de vendimiario los cuarenta soldados de caballeria, mandados por el adjunto Laporte, que guardaban el